

México

ALONSO AGUILAR

Economista del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.
Director de la revista *Estrategia*.

Agradezco mucho a los organizadores de este encuentro la oportunidad que me han brindado para decirles unas palabras esta noche.

Comandante Fidel Castro, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba;

Señores miembros del Presidium;

Invitados a esta conferencia;

Compañeros y amigos:

Nos reunimos en esta hermosa ciudad de La Habana a invitación del Gobierno cubano, en un momento especialmente difícil para los pueblos de nuestra América. Desde hace varios años nos aqueja una profunda crisis que hasta ahora parece resistir a todas las medidas que se intentan contra ella. Con la excepción de la Cuba revolucionaria, que desde luego encara otros problemas pero ya no los propios de una crisis capitalista, y en cierto modo de la nueva Nicaragua que sin embargo se enfrenta a una agresión promovida desde fuera, los demás países de nuestro continente han visto en los últimos años decrecer su producción y su ingreso, caer la inversión productiva, aumentar el desempleo, elevarse los precios hasta niveles nunca antes alcanzados, deteriorarse la relación de intercambio y acentuarse los desequilibrios comerciales y financieros, deformarse sus economías, devaluarse sus monedas y crecer en espiral la deuda externa.

Para prácticamente todos nuestros países la situación ha llegado a ser en

verdad crítica. Y el signo que mejor define lo que acontece es la paradoja de que no obstante ser nuestros pueblos económicamente subdesarrollados y pobres, se convierten en grandes exportadores de capital, es decir en naciones cuyo excedente se traslada de múltiples maneras hacia los países más ricos y sobre todo hacia los Estados Unidos. El Comandante Fidel Castro ha estimado que tan sólo en 1984, Latinoamérica fue despojada de 70 mil millones de dólares, sin contar la fuga de capitales de que es responsable la burguesía nacional y extranjera.

El que nuestros pueblos financien a los países ricos no es, como se sabe, un hecho nuevo. En realidad siempre fue así. Lo nuevo en todo caso consiste en el volumen sin precedente del despojo de que hoy son víctimas. Por eso es justo señalar que la grave situación que prima en Latinoamérica no permite ya más restricciones ni sacrificios. Ante la perspectiva de tener que pagar 400 mil millones de dólares en los próximos diez años tan sólo por intereses se vuelve indispensable, como propone el Presidente Castro, lograr una moratoria o que la deuda externa de nuestros países se cancele o deje de pagarse de algún modo. En este encuentro se avanzará seguramente en la búsqueda de las mejores opciones a nuestro alcance para atacar ese problema.

Sabemos que hay funcionarios que, haciendo cuentas alegres, aseguran que sus países sí pueden pagar la deuda. Pero los hechos están demostrando que en realidad ninguno puede hacerlo. México, por ejemplo, cuya deuda exterior se acerca ya a los 100.000 millones de dólares, en 1985 deberá pagar solamente por intereses cerca de 12.000

millones de dólares, lo que significa que más del 80 por ciento de sus exportaciones de petróleo tendrán que destinarse a los bancos extranjeros. Y en el momento en el que conforme a la renegociación de la deuda tenga que amortizar capital, es obvio que ni entregando todas sus divisas podrá pagar.

Algunos creen que enfrentarse a los banqueros sería atentatorio. Olvidan que inclusive en momentos menos difíciles que los actuales muchos gobiernos pidieron la moratoria o suspendieron la liquidación de sus deudas. Y aunque ello no gustó a los acreedores, a la postre éstos tuvieron que ceder ante la realidad.

La cancelación de la deuda no tiene por qué traer consigo el desplome de la banca internacional. Desde luego si no se paga la deuda algo tiene que sacrificarse. Por eso el Comandante Fidel Castro propone que se reduzcan los gastos militares en 10 a 12 por ciento para cubrir con los fondos así liberados, los compromisos con la banca.

El no pago de la deuda no tiene tampoco por qué traducirse en nuestra ruina. Los países industrializados necesitan de nuestro esfuerzo, de nuestros productos y de nuestros mercados, y aunque algunos querrían imponernos condiciones aún más duras, las cosas no son a menudo, por fortuna, como ellos quisieran.

La cancelación o moratoria de la deuda no resolvería, desde luego, todos nuestros problemas. Sería sólo un alivio. A ella subyace una profunda crisis, diferente de las previas y a largo plazo y que no responde a las recetas tradicionales. Pero por algo hay que empezar, sin perjuicio de luchar además por un sistema de relaciones económicas internacio-

En este número Temas de hoy, 2/ *Encuentro sobre la Deuda Externa de América Latina y el Caribe*, México, Alonso Aguilar, 3/ Fernando Carmona, 5/ Heberto Castillo, 6/ Gastón García Cantú, 7/ Pablo Gómez, 8/ Sergio Méndez Arceo, 9/ Carlos Tello, 11/ Mario J. Zepeda Martínez, 12/ **Argentina**, Enrique García Vázquez, 16/ Adolfo Pérez Esquivel, 20/ **Brasil**, Frei Betto, 22/ **Ecuador**, Blanca Chancoso, 24/ **El Salvador**, Guillermo Ungo, 25/ **República Dominicana**, Juan Bosch, 27/ **Venezuela**, Miguel Ángel Capriles, 28/ **Organismos Económicos Latinoamericanos**, Homero L. Hernández, 31.

nales que permita a nuestros pueblos mejorar sus condiciones de trabajo y de vida.

Todo esto, objetan algunos, es utópico. En lugar de un nuevo orden seguirá prevaleciendo el viejo, y los acreedores no aceptarán ni las propuestas más razonables.

Desde luego es indudable que lo que se pretende no es fácil ni se concibe como una mera gestión administrativa y menos burocrática. El problema de la deuda es sólo una expresión, aunque muy importante, y a la vez uno de los factores que agravan la presente crisis. Y para resolverlo es preciso luchar contra un enemigo poderoso, que incluso tiende a ver las leyes del desarrollo histórico como si fueran fruto de una acción subversiva, pero que por fortuna no es invencible. Quien crea pues que el camino que se propone para salir de la crisis está libre de obstáculos, se equivoca. Pero se equivoca también quien piense que lo que no se hizo hasta hoy, no podrá intentarse en adelante.

Lo primero a entender es que la situación a que hoy nos enfrentamos no es la misma de antes. Como bien ha dicho el Presidente Castro, ahora no se trata de pedir el dinero que siempre nos negaron, sino de oponernos a ser despojados de los 400,000 millones de dólares que los acreedores internacionales exigen a nuestros pueblos tan sólo por concepto de intereses. "Ahora no pedimos, nos piden ellos algo que es imposible".

El problema fundamental a que nos enfrentamos es, por tanto, un problema político, no es sólo una cuestión de plazos de vencimiento y tasas de interés o comisiones a pagar. Es mucho más que todo eso. Lo que en realidad se debate es nada menos que nuestra independencia económica. Estamos librando la lucha por nuestra segunda y definitiva independencia. La pesada carga que impone la deuda y los programas de "ajustes" del FMI no sólo frenan la recuperación y obstruyen el desarrollo de nuestros países, sino que lesionan gravemente la soberanía de nuestros pueblos.

La contradicción nación-imperialismo se ha intensificado explícitamente durante la actual crisis. Pero un nacio-

nalismo estrecho y que fundamentalmente exprese los intereses de una minoría privilegiada no será la respuesta eficaz al problema. Aislados no tendremos éxito. Por el contrario, fracasaremos, y serán otros los que decidan nuestra suerte. Entre quienes participamos en esta conferencia probablemente hay muy diversas posiciones acerca de cómo avanzar en cada uno de nuestros países. Y pese a esas discrepancias estamos aquí, en la Cuba de Martí, en este territorio libre de América, tratando de encontrar juntos la mejor manera de resolver problemas que nos afectan a todos.

El despojo que hoy sufren nuestros países lesiona a la casi totalidad de la población, no sólo a los obreros o a los campesinos. Por eso, sin perjuicio de dirimir por otras vías nuestros posibles desacuerdos, en una hora tan grave y dramática como la presente debemos cerrar filas y unirnos en defensa de nuestros mejores intereses nacionales.

La conciencia de que nuestros pueblos han luchado sin conseguir a menudo lo que se proponían, nos hace a veces ser escépticos y sentir que es difícil que las cosas cambien. Y sin embargo todo se mueve y cambia. Acaso éste sea el momento en

que nuestra lucha cobre mayor impulso que nunca. Si en condiciones muy difíciles triunfaron en otros tiempos nuestros pueblos frente al poder colonial, en un nuevo marco histórico y bajo una correlación de fuerzas más favorable como la actual, la causa de la libertad y la independencia puede abrirse, sin duda alguna, paso, otra vez.

Pero esto depende de nosotros mismos. De que comprendamos que en el mundo de las empresas transnacionales, nuestra lucha, sin dejar de ser nacional, debe a la vez internacionalizarse si ha de tener éxito frente al enemigo al que nos enfrentamos. Y desde luego debe ser una lucha amplia, ajena a todo sectarismo, genuinamente popular y capaz de aglutinar el enorme caudal de fuerzas susceptibles de incorporarse a ella. Esta es quizás la clave. La lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional requiere el apoyo entusiasta y consciente de los trabajadores.

Confiamos en que este importante, en verdad histórico encuentro latinoamericano y del Caribe que hoy se abre en La Habana, entrañará un valioso aporte en favor de la unidad, la integración, el desarrollo, la liberación y la victoria de nuestros pueblos.

